

«Brindemos, señores, por el señor Presidente de la República, por el señor Gobernador del Estado, por las autoridades de esta ya magnífica ciudad, por la creciente prosperidad de la industria, del comercio, de la minería, y porque las ideas de dominio y de fuerza que sugieren los nombres de Nuevo León y Monterrey, sean siempre la expresión de actividad de este interesantísimo pueblo, aplicada, por el camino del orden y de la ley, á su propio engrandecimiento.»

Evidentemente el señor Limantour se propuso apoyar al General Reyes para el acceso de éste al gabinete del Presidente de la República, á la primera oportunidad que se presentara. . . A fines de aquel mismo año de 1898, el General Díaz efectuó, á su vez, una excursión á Monterrey, en la que, en elogio de la labor administrativa del Gobernador de Nuevo León, hubo de pronunciar aquellas palabras que habían de ser tan vivamente comentadas: ¡General Reyes, así se gobierna!—El público, por tanto tiempo carente de materiales políticos, quiso percibir algo á través de estos hechos, sospechando de alguna combinación, cuya finalidad se le escapaba, por más que aguzara su inteligencia. Y sin embargo, el *algo* existía, impreciso y vago en el común dominio, pero más concreto y positivo entre un grupo de personas que se decía iniciado en los resguardados secretos de la cosa pública. Por úl-

timo, se susurró la especie: decíase que el General Díaz, elevado de nuevo á la primera magistratura de la República en 1896, estaba resuelto á no aceptar otro período de gobierno, y que, deseoso de resolver por sí mismo el problema de la presidencia, se había fijado en el señor Limantour, á quien se hallaba dispuesto á apoyar con toda firmeza, considerándolo como el sucesor más idóneo para proseguir en su obra de consolidación nacional. Lo aseguraron así varios periódicos en los Estados Unidos; lo asentaron también otras publicaciones del otro lado del Atlántico. Y los que en el país tal leyeron, creían descubrir en esos ecos venidos del exterior, una forma de preparar la opinión extranjera en favor de nuestro biografiado.—¿Qué había, realmente, en el fondo de aquellos vislumbres de anunciados acontecimientos próximos?

Los años han venido á dar fuerza de realidad á las hipótesis, á cimentar las conjeturas, á vigorizar las inferencias; revelaciones hechas posteriormente y documentos presentados más tarde, permiten ya la reconstrucción de aquel proyecto. No hace muchos meses (en agosto de 1909) «El Diario» insertó un artículo, cuya reproducción en «*El Imparcial*,» diario marcadamente afecto, no ya á la política del gobierno sino á la persona del General Díaz, prestan extraordinario valer á las afirmaciones sostenidas en este escrito. El autor, minuciosamente informado de todas las circunstancias de aquella y otras combinaciones que tenían objeto semejante, se propuso narrar una serie de «hechos que

debe conocer la Nación,» con objeto de destruir el cargo que con frecuencia se ha lanzado contra el señor General Díaz, de no haber querido abandonar el poder, de haberse encerrado egoístamente en el conocido programa político del monarca francés: «Después de mí, el diluvio.»

«Para realizar este plan—lee en el artículo mencionado—era forzoso preparar una sucesión regular y normal, pensar en persona caracterizada que pudiera contar con el apoyo de vastas categorías sociales y con prestigio y simpatías bastantes para asegurar su elección. El General Díaz pensó en el señor Limantour, y le sugirió que hablara con los numerosos amigos y simpatizadores que su hábil gestión financiera le había granjeado en el país y se presentara como candidato á la sucesión presidencial. El señor General Díaz preparó un manifiesto á la Nación, documento que conocieron el señor General Mena y algún amigo íntimo, en el cual renunciaba su candidatura para el período de 1900-1904. Formulada y fundada esta renuncia, no era dudoso que los incontables amigos del señor General Díaz ofrecieran sus votos al señor Limantour, á lo cual el señor Presidente cooperaría con los medios de persuasión de que legítimamente podía disponer, gracias á lo cual la elección del señor Limantour podría darse como segura.»

Más adelante llevó el Presidente su esfuerzo personal, y los que por entonces se acercaron á él, recogieron de sus labios vehementes indicaciones en pro del Ministro de Hacienda, cuya candidatura

recomendaba en palabras calurosas. Así fué como «aprovechando su estancia en Monterrey en diciembre de 1898—seguimos documentándonos en el artículo cuyos son los renglones preinsertos—el señor General Díaz comunicó su proyecto al señor General don Bernardo Reyes y consultó su parecer. El señor General Reyes acogió la idea con verdadero entusiasmo, y ofreció al señor Presidente su más activa colaboración en favor del señor Limantour.»

Nuestro biografiado se ausentó de la República en abril de 1899, como ya se sabe, con el propósito de llevar á cabo la conversión de la deuda exterior, y durante el tiempo que permaneció fuera del país el señor General Díaz le instó reiteradamente á que abreviara su estancia en Europa, para comenzar, desde luego, los primeros trabajos en favor de su candidatura. Pero contra los deseos del Presidente, el Ministro de Hacienda manifestaba una marcada repugnancia en aceptar una designación, que, aunque obligaba su gratitud, creía por extremo delicada, por no considerarse con las aptitudes necesarias para hacerse cargo de una situación política, en nuestro país constantemente sembrada de rozamientos y dificultades.—Por largo espacio lucharon la buena voluntad del General Díaz y la modesta sinceridad de Limantour, en tanto que inexorablemente avanzaba el tiempo, factor de gran importancia en la solución del problema que estaba en juego. En México, los trabajos electorales se anticipan con mucho al espacio de tiempo consagrado en

otros países para preparar la renovación de los Poderes Públicos. ¿A qué razón obedece esta práctica? Acaso á las impacencias de nuestro temperamento nervioso; ó tal vez los mexicanos de estas generaciones, perseguidos por la sombra de los trastornos originados á cada conflicto que trajo antaño consigo la sucesión presidencial, buscan en un acto prematuro la garantía contra riesgos que, de esta suerte, consideran totalmente conjurados.

A mediados del mes de septiembre, se impuso la solución del problema político y quedó desbaratada la combinación. El 13 de octubre, el Círculo Porfirista lanzaba un Manifiesto á la nación, proponiendo la candidatura del General Díaz para la Presidencia de la República durante el período de 1900-1904.—Como se ha hecho constar en uno de nuestros anteriores capítulos, el señor Limantour regresó á México el 12 de noviembre del año en que los narrados acontecimientos se registraron (1899).

Anulado el patriótico intento del General Díaz, la duda que había mantenido insomne á la nación, quedaba en pie. El país se afianzaba á la reelección con la fuerza de un náufrago al borde de un bajel en el que por mucho tiempo ha hecho una feliz travesía. Pero, ¿y después? se preguntaba; se ha debido preguntar, más que en cualquiera otra ocasión en aquellos momentos de la vida patria, el Pre-

sidente de la República.—Surgió, entonces, una nueva combinación: el señor General Díaz aceptaría su candidatura para el próximo período administrativo; tomaría posesión de la presidencia el 1º de diciembre de 1900, ejercería el poder durante algunos meses, y más tarde, solicitaría una licencia para separarse del elevado puesto, y propondría al señor Limantour como su substituto interino. Al igual que el primero, este proyecto llegó á penetrar en el dominio público; se habló insistentemente de un inmediato viaje del General Díaz al extranjero, se señalaron fechas y hasta se llegó á asegurar que se había alquilado ya en París «un chalet,» que habitaría el distinguido gobernante durante su estancia en aquella capital europea. En apoyo de la nueva tentativa, se registraron acontecimientos políticos que, según toda apariencia, vinieron á prestar mayor solidez á la solución proyectada.

En los primeros días de enero de 1900 falleció en la capital de la República el General don Felipe Berriozábal, Ministro de la Guerra, y en la última semana del mismo mes era nombrado para substituirlo el General don Bernardo Reyes. El nombramiento causó una gran impresión, particularmente entre las personas que, no obstante el viaje del señor Limantour á Monterrey y sus ecos públicos, sostenían que entre el Gobernador de Nuevo León y el Ministro de Hacienda mediaba una honda rivalidad que entorpecería cualquiera combinación política, próxima ó futura. Muy pronto la actitud de estos dos hombres destruyó

la propalada especie. No fué para nadie un misterio el tono afectuoso y cordial que normaba las relaciones políticas y sociales del señor Limantour y del General Reyes; el vecindario de la ciudad de México contempló á los dos Ministros en harmónico contacto; vió al flamante funcionario acudir, habitual y presuroso, á la Secretaría de Hacienda, enlazar su brazo al de su colega y pasarlo triunfalmente á plena luz, á la hora en que las multitudes henchían las calles céntricas y un rojo sol de mediodía iluminaba con sus resplandores las ya espaciadas lejanías nacionales.—Decididamente la combinación estaba en camino de realizarse sin sacudimientos ni trastornos, merced al feliz acuerdo y á la loable buena voluntad de las personalidades encargadas de sostenerla.

De improviso, una pequeña nube proyectó una sombra microscópica sobre la diafanidad de aquella situación; era un incidente sin importancia, una piedrecilla colocada torpemente en mitad del camino, y que, sin embargo, llegó á convertirse en una montaña, en la que vino á estrellarse la solución preludiada: aparecieron en el campo de la prensa periódica dos ó tres hojas impresas que en forma ruda y desusada comenzaron á atacar la labor, primero, y después la persona del señor Limantour. Las críticas se tornaron en diatribas, y las censuras, rompiendo los diques del decoro y la cortesía, corrieron impetuosamente, sin freno que las contuviera. Un arma, sobre todo, esgrimían sin descanso de sus plumas los libelistas: la nacionalidad del

Ministro de Hacienda.—Volvióse á desconocer la ciudadanía de origen, en esta vez con una insistencia y un encono que claramente descubrían el propósito de la campaña: demostrado el hecho que los autores de aquellos escritos se proponían evidenciar, la personalidad del señor Limantour quedaba inhabilitada para el acceso á la Presidencia, según las prevenciones de un artículo constitucional, que glosaban á su sabor los comentaristas de la capacidad legal de nuestro biografiado. Otro efecto se trataba, indudablemente, de alcanzar, con tal maniobra: el de malprevenir contra el señor Limantour el exagerado celo patriótico de los grupos populares, excitando en ellos ese lamentable sentimiento, mezcla de desconfianza y antipatía, que predomina aún en ciertas clases sociales. He ahí los rasgos característicos de aquella cruzada, cuyo fin exclusivo percibió desde luego el público. Y se comenzaron á unir responsabilidades con los hilos sueltos del tejido, buscando explicaciones lógicas en los rastros que se semimarcaban en la intriga.

Entre las versiones que se echaron á volar, corría una, acentuada con rara insistencia: decíase que el General Reyes no era extraño á tales extremos periodísticos, sino que antes bien ocultamente los alentaba y dirigía. Hubo quien, no obstante, explicara el hecho, rechazando tal suposición como un acto de felonía indigno del Ministro de la Guerra, y agregase que el alma de aquel complot encarnaba en un hijo del expresado funcionario, emancipado de respetos filiales y á quien se hacía

pasar como falto de consideración hacia los deberes contraídos por el padre. A éstos se sumaban otros rumores, y se advertía que cuanto más cuerpo tomaban, mayor era la asiduidad del General Reyes cerca del señor Limantour, como si exagerando esta nota tratase el primero de arraigar en el público la convicción de su amistad y adhesión hacia el segundo. En tanto, la corriente de aquellas hojas crecía en olas cada vez más gruesas, coronadas de espumas insultantes. Surgió, empero, un hecho que desorientó por extraordinario modo al público: insertóse en una de las publicaciones aludidas un violento artículo contra el General Reyes, con lo que se destruía el aventurado supuesto de la intervención del Ministro de la Guerra en tales desmanes. ¡Quién dijera entonces que, andando el tiempo, el director de aquel periódico hubiera de declarar públicamente que el famoso artículo lo recibió de las manos del General Reyes, y que por orden suya hubo de lanzarlo á los vientos!

Una mañana, «El Imparcial,» cuyas estrechas ligas con el Gobierno hemos hecho constar ya, publicó un editorial que causó profunda sensación y fué materia de comentarios vivísimos. Hacíase en este escrito una calurosa defensa del señor Reyes contra las imputaciones que le eran enderezadas como presunto responsable de los ataques al señor Limantour, y se descubrían con entera claridad algunos de los preliminares de la combinación política que estaba pendiente.—«El semanario en cuestión—leíase en aquel artículo—deja percibir la

idea de que el enunciado General (Reyes) no solamente verifica trabajos á su favor, sino que ataca de un modo encubierto la personalidad dignísima del señor Limantour; lo cual es un hecho á todas luces falso, pues el señor Secretario de la Guerra lleva la mejor amistad con el Ministro de Hacienda, y sabemos que en diversas ocasiones y sin embozo alguno ha manifestado que de tener que elegirse otro Presidente que no fuese el General Díaz, y él, sin el cargo que desempeña, estuviese en aptitud de emitir su voto, daría éste en favor del precitado señor Limantour.»—Y más adelante: «Expuesto esto, recordamos que el periódico americano «The Mexican Herald,» que en marzo habló muy concretamente de la eventual sucesión del General Díaz, dijo entre otras cosas estas significativas palabras, que nadie ha desmentido: «Se ha sabido ahora de fuente fidedigna, que el General Reyes, en caso de que viniera la sucesión presidencial por las causas mencionadas, daría su cordial apoyo á la candidatura del señor Ministro de Hacienda, José Yves Limantour, que es un estadista de aptitudes demostradas en su elevadísima posición en el Gobierno y hombre enérgico é ilustrado. Las personas que desconocen los negocios de México, algunas veces han considerado al señor Limantour únicamente como un financiero, lo cual es un error; y se cree por algunos en Estados Unidos que sólo un soldado puede mantener el satisfactorio estado de cosas actuales en el país, á lo que debe atribuirse que la prensa americana haya antes hablado con entusiasmo del